

hospedó á los religiosos en una casa que les tenía hecha aunque no muy grande, cercana adonde él residia, distante como veinte pasos y bastante para lo que entónces necesitaban, dos barbacoas á su usanza por camas, y por allí cerca aposentaron á los demas.

—o—

### CAPITULO NOVENO.

*Predican los religiosos á los itzaes, que los quisieron matar por quebrantarles un ídolo.*

La casa del cacique Canek estaba como cuarenta pasos de la laguna, y tenía delante una placeta en la cual estaba la casa que habían hecho á los religiosos, de que no poco se holgaron, porque además de estar en buen paraje, tenían la comodidad de la cercanía para verle y comunicarle con frecuencia, como despues lo hacian, y él tambien visitaba á los religiosos. Entre otros apuntamientos que el muy docto y religioso padre lector Fr. Francisco Gutierrez (de quien se trata adelante) les dió para portarse con aquellos infieles, aconsejó que escogiesen por sus patrones, y de aquella conversion, al glorioso príncipe de la iglesia S. Pablo y á su consorte S. Bernabé. Hiciéronlo así, y al siguiente dia como llegaron aderesaron una pieza de la casa en que los hospedaron, donde erigieron altar para decir misa, y el padre comisario Fuensalida la cantó de su patron S. Pablo, pidiendo á Dios por su misericordia, méritos é intercesion del santo apóstol, la conversion de aquellos infieles. Los itzaes estaban por la parte de fuera mirando con grande atencion lo que hacian los religiosos, pero con silencio, sin hacer ruido

alguno que pudiese ocasionar turbacion. Desde aquel dia, dice el padre comisario Fuensalida en la relacion, que há hecho siempre conmemoracion á estos santos por la conversion de aquellos indios, para que se la alcanzen de Dios nuestro Señor: plegue á su Divina Majestad (dice) que yo lo vea. Amen. Y no es mucho los llore como á hijos perdidos por quien trabajó tanto.

Despues de haber dicho misa fueron á ver al Canek, y estuvieron con él un rato conversando. Pidiéronle licencia para andar todo el pueblo y las casas, por saber el modo de vivir, y qué modo de gobierno tenían: para ver sus cues ó adoratorios donde tienen los ídolos, y se juntan á sus bailes y embriagueces que hay siempre que han de idolatrar ó hacer algun sacrificio. ¿Y cuántos habia? Se lamenta este religioso. El Canek se la dió y indios principales que anduviesen con ellos por el pueblo. La principal causa fué para tener motivo de dar principio á la predicacion evangélica, y allí luego congregados los indios principales en presencia del Canek lo comenzaron. Cada uno de los religiosos tenia un santo Crucifijo en la mano, y el padre comisario Fuensalida intentó persuadirles con una plática espiritual (y qué bien la ordenaria por ser tan gran lengua, y muy versado en la escritura, demas del buen espíritu que le guiaba.) Declaróles la ceguedad en que estaban, adorando al demonio en los ídolos, y con la vanidad de tantos dioses, no habiendo mas de uno solo vivo y verdadero, uno en esendia y trino en personas. Que éste lo crió todo de la nada con solo su palabra, formó al hombre á su imagen y semejanza para que le sirviese y gozase en la eternidad de su gloria; mas que por el pecado de nuestros primeros padres habiamos todos sus descendientes perdido la amistad y gracia de tal Dios y Señor. Que para remedio nuestro, y volvernos á su gracia para que le gozásemos, el Hijo de Dios se habia hecho hombre en las purísimas entrañas



de una Virgen llamada Santa Maria; y discurrendo les explicó el misterio de la Encarnacion del Verbo eterno, y cómo obró mediante su muerte nuestra redencion. Declaróles cómo instituyó los Sacramentos, instrumentos con que nos da su gracia, y se perdonan los pecados; la necesidad que tenian del santo Bautismo para salvar sus almas; y finalmente en general los misterios necesarios de saber para conseguir la vida eterna, y cómo venian á convertirlos de hijos del pecado y dignos de eternas penas, en hijos de Dios por su gracia con que mereciesen la gloria.

Con gran atencion oyeron los indios la plática que el padre comisario Fuensalida les hizo; pero por entónces respondieron que no era llegado el tiempo de ser cristianos; (tienen profecías suyas de que lo han de ser) y que así se volviesen á su lugar de donde habian salido: que despues irian otra vez, porque entónces no querian ser cristianos. Aunque les dieron esta repulsa, los acompañaron y llevaron á ver al pueblo. Por la cuenta que pudieron hacer los religiosos, serian doscientas las casas que tenian, las cuales están en la orilla de la laguna á poca distancia unas de otras, y en cada una viven padres y hijos con sus familias. En lo alto y medio de la isla están los cues y adoratorios donde tienen sus ídolos. Fuéron á verlos, y eran doce ó mas los templos, de grandeza y capacidad como las mayores iglesias que hay en los pueblos de indios de esta provincia de Yucatan, que segun la relacion cabian en cada uno mas de mil personas juntas. En medio de uno de ellos habia un grande ídolo de figura de caballo, hecho de cal y canto. Estaba sentado en el suelo del templo sobre las ancas, encorvados los pies y levantado sobre las manos. Adorábanlo por dios de los truenos, llamándole Tzimin Chac, que quiere decir caballo del trueno ó rayo. La causa de tener este ídolo fué que como yá noté en el primer libro de estos escritos, cuando pasó D. Fernando

Cortés por aquella tierra para el viaje de Honduras, les dejó un caballo que no pudo caminar adelante. Murióseles, y por temor de no poderle entregar vivo, si acaso volvía por allí y se le pedía, le hicieron aquella estatua, y comenzaron á tenerla con veneracion, para que por esto coligiese no haber sido culpables en la muerte del caballo. Como se le dejaron encomendado diciendo que volverian por él, entendiendo que era animal de razon, dábanle á comer gallinas y otras carnes: presentábanle ramilletes de flores como acostumbraban á las personas principales. Toda esta honra (que á su parecer le hacian) redundó en acarrearle la muerte al pobre caballo, que murió de hambre. Pusiéronle aquel nombre por haber visto que algunos de los españoles de aquel viaje disparaban sus arcabuces ó escopetas encima de los caballos cazando venados, y entendieron que estos animales eran causa del estruendo que hacian, que les pareció trueno, y la luz del fogan y humo de la pólvora, rayo. Con aquello tuvo motivo el demonio, junto con la ceguedad de sus supersticiones, para que se fuese aumentando la veneracion de aquella estatua, y llegó á tanto que cuando allí estuvieron los religiosos era el principal ídolo que adoraban.

Luego que el padre Fr. Juan de Orbita le vió, dice su compañero el padre Fuensalida, que parece que descendió el espíritu del Señor en él, y que revestido de un fervoroso celo de la honra de Dios, cogiendo una piedra en la mano, subió sobre la estatua del caballo, y le hizo pedazos, desparramándolos por aquel suelo. Los indios que iban en su compañía, y eran muchos, viendo quebrantar su ídolo tan estimado de ellos, levantaron gran grito y vocería, diciendo unos á otros: matadlos, que han muerto á nuestro Dios: mueran en recompensa de la injuria que le han hecho, y esto con tan gran alboroto, que se conoció obrar nues-



tro Señor en que no lo ejecutasen luego, aunque dichosos (dice) fuéramos en morir allí por su santo amor. No turbó aquel rumor á los religiosos, que con grande ánimo y fortaleza de espíritu, puesta toda su confianza en Dios, y levantando el santo Crucifijo que llevaban en las manos, dijo á los indios el padre comisario: Sabed vosotros (ó itzaes) que este ídolo que aquí adorais por vuestro dios, no lo es, sino una figura de béstia irracional, como son los venados y otros animales que flechais para comer. En ella adorais al demonio que os tiene engañados y ciegos en vuestras idolatrías, y que no puede él ni vosotros hacernos mal ó daño alguno, si nuestro Dios y Señor verdadero, Creador del cielo y tierra y de todas las cosas, al cual nosotros creemos, confesamos y adoramos, no os da permiso para ello. Y si fuere servido de dárosle, eso es lo que nosotros deseamos, morir por este santo Señor que tenemos en las manos, y que así murió por nosotros crucificado en una santa cruz como está. Darémos la vida por su santo amor y por la confesion de su fé, que profesamos. Esta es la que os venimos á enseñar y predicar ayudados de su gracia, para que recibéndola vosotros os salveis y dejéis de condenaros al infierno, donde tendréis eternos tormentos con esos ídolos que adorais. Mirad (ó itzaes) que os venimos á predicar y manifestar á Jesucristo, y éste crucificado por el bien de los hombres todos, como le veis aquí en la cruz. Miradlo bien, que este Señor es vuestro Dios verdadero que os crió y redimió del poder del demonio con su santísima y muerte, derramando su preciosa sangre por vosotros y por todos los hombres del mundo, para salvarlos y llevarlos al cielo. Recibid (ó itzaes) nuestras palabras, creed en Dios para que os bauticemos, que así os salvaréis, y no quedaréis perdidos como hasta ahora lo habeis estado. En esta forma les dijo otras muchas cosas, que con la fragilidad de la memoria y tan-

tos años como han pasado, dice el padre Fuensalida que yá no se acuerda individualmente, y que así no las singulariza por no contravenir en algo al precepto de obediencia, que para que estuviese sencillamente la verdad de lo sucedido en aquel viaje le fué impuesto.

Manifestóse admirable la potencia de la Majestad Divina, porque aunque al quebrantar el padre Orbita el ídolo fué tanta la gritería de los indios, como se ha dicho, clamando á voces que muriesen por ello, ninguno levantó mano para ofenderlos, ántes parece que se acobardaron con la plática, la cual oyeron quietos y sosegados. Dice que se conoció muy bien el favor divino que los amparaba, segun quedó aquella multitud mansa, y atenta á lo que se les predicó en ocasion de tanto sentimiento para ellos. Habiendo quebrantado el ídolo el padre Orbita, quedó con grande alegría (segun dice su comisario el padre Fuensalida), y con un rostro tan agradable á la vista, que era para dar gracias á Dios mirándole.

#### CAPITULO DIEZ.

*Lo que sucedió á los religiosos con el Canek, quebrado yá el ídolo, y cómo volvieron á Tepú.*

Pasado lo referido en el capítulo antecedente, volvieron los religiosos á la casa de su hospicio, descansaron un rato, y luego fuéron á ver al Canek, que aunque yá lo sabia, y ellos se lo dijeron, no habló palabra ni mostró enojo por ello, con que los demas viendolo á su cacique sosegado se acabaron de quietar, y no



les hablaron mas palabra, aunque no dejó de admirar al Canek que se hubiesen atrevido á aquello los religiosos. Hizolos sentar en uno como forma de trono pequeño en que solia estar, y él se levantó y puso en medio de ellos. Platicaron estando así gran rato de las cosas de Dios, lo bien que haria en ser cristiano y aconsejar á los suyos que lo fuesen, pues lo habian prometido en tiempo de su padre á D. Fernando Cortés cuando pasó por allí, y que mirase que los señores y caciques deben guardar su palabra. Que bien sabia, y tenia noticia de esto, y que algunos de sus principales que recibieron á Cortés eran vivos, y que vieron la obediencia que su padre Canek y todos los de la isla dieron al rey de los españoles, haciéndose sus vasallos. Que entónces se habia dicho misa allí en su tierra, y pidieron á D. Fernando Cortés el santo bautismo, diciendo querian ser cristianos, y quedó una cruz puesta en el pueblo en señal de ello. Que debian cumplir esta palabra, pues yá era tiempo y los tenian allí, que para eso solamente habian ido. A esto respondió el Canek que no habia llegado el tiempo en que sus antiguos sacerdotes les tenian profetizado que habian de dejar la adoracion de sus dioses, porque la edad en que estaban al presente era la que ellos llaman oxahau (que quiere decir tercera edad), y que no se llegaba tan presto la que les estaba señalada. Pidióles que no tratasen por entónces mas de ello, que se volviesen al pueblo de Tepú, y que en otra ocasion irian á su isla á verlos. Con todo esto, fué el primero que recibió una cruz que le dieron, y despues de él la recibieron otros indios. Dióles permiso para que los dias que allí estuviesen en su hospicio se cantase la doctrina cristiana en séptimo tono como se acostumbra en esta provincia, y el que la cantaba á los demas tuviese una cruz en la mano. Dice el padre Fuensalida que á su parecer se holgó el Canek que el padre Fr. Juan

de Órbita hubiese quebrantado el ídolo Tzimin Chac, porque á la verdad deseaba ser el primero en recibir el santo bautismo; pero ó por temor de los suyos, ó otra causa que no alcanzo, no llegó á ejecucion ni dió lugar para mas de lo referido.

Pasando algunos dias, y viendo los religiosos que no podian adelantar mas la ejecucion de su buen deseo, determinaron, por no alterar mas á los indios entónces, de volver al pueblo de Tepú, para desde allí granjearles las voluntades con suavidad y paciencia. Previnieron los indios que con ellos habian ido una canoa, y los itzáes dieron á los religiosos algunas figuras de sus ídolos, que las trajeron acá á la provincia para que se viesen, y algunas de sus ropas que usan, que son unas mantas como los hayates de los indios de acá, muy bien labrados y tegidos de diversos colores, cuyas labores parecen á las del damasco. Otras como de cuatro varas de largo y una tércia de ancho, labradas, y en los extremos mucha plumería de diversos colores, con las cuales se ciñen para cubrir las partes verendas, y esta es su mayor gala, porque no traen otro vestuario. Despidiéronse del Canek y demas principales sin quererles dar indio alguno que viniese con ellos, y embarcándose comenzaron á navegar la laguna. Algunos indios que debian de ser de los mas apesarados por lo del ídolo, les tiraban piedras desde la ribera hasta que se apartaron algun tanto de ella, y entónces se fueron haciendo grande algazara y mofa de los religiosos. Bien descuidados iban cuando vieron salir de parte de mano izquierda dos canoas. Venian los religiosos atrevesando al occidente, y como salieron de lado bogando con gran fuerza, en menos de una hora dieron con la canoa de los religiosos. Venian las otras dos llenas de indios con sus arcos y flechas todos untados de negro, cara y cuerpos, con cabelleras largas (costumbre de todos ellos), con que su aspecto era horrible porque pa-



recian figuras de demonio. Luego que llegaron, puestas las flechas en los arcos, amenazaron con mucha ira á los religiosos, diciendo que los querian matar. Con buenas palabras que les dijeron, y en especial un indio de los nuestros llamado Gaspar Cetzal, llamando de tío al que los capitaneaba, y diciéndole que ¿por qué los queria flechar pues yá se iban? Con grande enojo le dijo: Pues no traigais mas acá otra vez á esos xolopes, que así nos llaman á los españoles desde que vieron á los primeros comer anonas, que es fruta de tierra caliente. Fué Dios servido que con aquello los dejaron. Dice el padre Fuensalida que tuvo por cierto que entónces les quitaran la vida que tenian ofrecida á Dios por su santo amor, segun las muestras que daban de querer flecharlos, pero que no lo merecieron, y lo atribuye á sus pecados, diciendo: "Hágase la voluntad del Señor, que sabe para que le guarda."

Libres yá de aquel peligro prosiguieron su viaje, y llegaron al desembarcadero donde cuando iban dijeron misa. Los indios de Tepú tenían gran recelo no viniesen los itzaes aquella noche á matarlos, ó por lo menos hacerles algun daño, y robar los ornamentos con las demas cosas que traian. Por esto acordaron retirarse algun tanto el monte adentro, apartados del camino para dormir con mas seguridad aquella noche. Aunque estuvieron con cuidado toda ella velando por sus horas, no hubo rumor que se le aumentase, con que pasaron hasta la mañana, y despues en cuatro dias llegaron al pueblo de Tepú. Fuéron bien recibidos de los indios, que se alegraron viéndolos libres de los peligros del camino y de que no los hubiesen muerto los itzaes. Sucedia esto á principios de noviembre, dejando puesto al pueblo nombre de S. Pablo de Itzá, y elegido al santo apóstol por patron de aquella isla. Habiendo descansado dos ó tres dias, dijo el padre Fuensalida al padre Orbita que le parecia necesario volver á la pro-

vincia á dar cuenta al provincial de lo que les habia sucedido, y tambien al señor obispo, para que ámbos solicitasen el favor del gobernador, con que los indios les diesen mas ayuda. Ocasionaba esta deliberacion la experiencia, porque cuando no ven carta ó mandamiento suyo, no hacen cosa á derechas; y como los indios de Tepú no la habian visto, no hacian diligencia alguna con los itzaes que fuese favorable á la pretension de los religiosos. Los vecinos de Bacalar españoles como vieron tambien que iban sin orden del gobernador, no solamente no alentaban á los indios, pero algunos desayudaban y llegaban á ser contrarios al intento. El beneficiado y su compañero no llevaban bien que estuviesen los religiosos de residencia en el pueblo de Tepú, como era de su partido, y habian hecho despacho á Mérida, valiéndose de algunos de los prebendados, para que se mandase retirar los religiosos, y que se viniesen á la provincia. Solo en el obispo tuvieron favor permanente, porque sabiendo lo que pasaba por parte del beneficiado, sintió tan mal del impedimento que ponía, solicitando que se volbiesen los religiosos, que le escribió una carta con áspera reprehension, por pedirlo, mandándole que no tratase mas de ello, porque le traeria á la ciudad de Mérida, para que no saliese de ella sin orden suyo, miéntras necesitasen estar en Tepú los religiosos. Tenia tanta satisfaccion del proceder de los dos que allá residian, que una vez importunándole sobre lo pedido por el beneficiado, dijo á los que se lo pedian. "¿Cómo tengo de retirar á los padres que están en Tepú, que por mi consagracion que merecen la mitra que tengo, méjor que yo?" y otras muchas razones equivalentes á estas.

Por evitar todos estos inconvenientes, convinieron en que quedándose el padre Orbita en Tepú, para administrar aquellos indios, y que no entendiesen desistían del intento con que fueron, el padre comisario Fuen-



salida viniese á la provincia. Al siguiente dia dijo misa, encomendando á Dios el buen suceso de su jornada, y dejando al padre Orbita en Tepú, acompañado de algunos indios, se embarcó; y por los parajes donde habian ido bajó á la villa de Salamanca de Bacalar. Hospedóle en su casa y regalóle con mucha caridad el padre beneficiado los dias que allí estuvo, y no se olvidó, siendo agradecido, de visitar á su bienhechor el alcalde Andres Carrillo que los habia llevado, y así luego que llegó le fué á ver. Holgóse mucho el alcalde con su presencia, porque estaba receloso no los hubiesen muerto los itzaes. Era yá por la festividad de nuestro glorioso S. Diego, que comunmente llaman de Alcalá (mi patria), cuando se veia en esta tierra aquella cometa grande, que se dijo fué pronóstico de las muertes de nuestro muy santo padre Paulo, papa quinto, y de nuestro católico rey y Sr. Felipe tercero, que esté en gloria, y era como una hoja grande de palma encendida. Por este tiempo, pues, salió el padre Fuensalida para la ciudad de Mérida, y llegó á ella en la ocasion que con piadosísimo afecto se trataba de hacer el voto público y solemne en la santa catedral de ella, de defender el misterio de la inmaculada Concepcion de la Virgen Santa Maria madre de Dios y señora nuestra, concebida sin mácula de pecado original. Fué grande el gozo que el obispo y provincial tuvieron con la llegada del padre comisario Fuensalida, de quien luego supieron lo que les habia sucedido en los itzaes; pero no trataron por aquellos dias de la materia con singularidad, ni del despacho que se le habia de dar para que volviese, hasta que se celebrase la dicha festividad; y pues ella lo interrumpió, no será mucho que la narracion pase en el capítulo siguiente á referir cómo se hizo el voto y las fiestas con que se celebró, para mayor solemnidad suya.

## CAPITULO ONCE.

*Hacen los estados eclesiástico y secular voto público de la pureza de la Concepcion de la Madre de Dios.*

El afecto de los fieles á la veneracion de la reina de los ángeles Maria santísima madre de Dios y señora nuestra, se aumentó tanto en estos tiempos, que lo que hasta entónces era devocion voluntaria en el sentimiento del misterio de su purisima Concepcion, quiso piadosamente pasase á obligacion precisa, obligándose con voto público al sentir de su pureza, aunque con humilde y católico rendimiento á la determinacion de la santa sede apostólica romana, acerca de la verdad del artículo. Imitando, pues, la piedad cristiana de los fieles de estas provincias la que en otras muchas se habia ejecutado de hacer este voto, resolvió que el dia de la festividad suya se votase públicamente el sentimiento que tenian de la pureza de este misterio. Llegado, y prevenidas las vísperas con la solemnidad y grandeza mayor que el cabildo eclesiástico de la santa iglesia catedral pudo, en que con singulares demostraciones manifestó su piedad, le votaron como consta del auto de su libro de cabildo por las razones siguientes.

“En la muy noble y muy leal ciudad de Mérida de Yucatan de las Indias, en ocho dias del mes de diciembre de mil seiscientos diez y ocho años, dia en que se celebra la limpia Concepcion de la madre de Dios, y estando en la capilla mayor de la santa catedral de este obispado, celebrando su reverendísima el maestro D. Fr. Gonzalo de Salazar misa de pontifical; el venerable cabildo de esta santa iglesia, habiendo tratado con su señoría reverendísima hacer el juramento y protestacion de tener y creer y enseñar en las cátedras y púlpitos, y en las partes y lugares públicos y secre-